

**MARCELA**

**Y**

**CARMELA**

**JUAN MANUEL ESCALANTE.**

**LIMA, 02 DE OCTUBRE DE 1,998**

**A Mamalina**

## MARCELA Y CARMELA.

Mi bisabuela nació en la ciudad de Lima el día jueves treinta de agosto de mil ochocientos sesenta. La bautizaron con el nombre de Carmen Rosa. Carmen porque así se llamaron su abuela y su mamá y Rosa por haber visto la luz el mismo día que Santa Rosa de Lima, la Santa Patrona de las Américas. Ella fue la tercera de los siete hijos del matrimonio de don Pedro Pablo Figueroa Campos y de doña Carmen Clotilde Muñiz Villanueva. Durante su longeva existencia se desposó en dos ocasiones pues, al haber enviudado de su primer esposo, y siendo aún joven, volvió a contraer nupcias. En ambos compromisos alumbró a cinco y a tres hijos, respectivamente. Murió apaciblemente a los noventa y ocho años de edad en el perfecto dominio de sus facultades y rodeada de una numerosa descendencia conformada por los cuatro hijos que le sobrevivieron y por catorce nietos, veintidós bisnietos y siete tataranietos.

Por las pocas fotografías que de ella se conservan, y a pesar de la fragilidad de mi memoria, la recuerdo como una mujer alta, blanca y gruesa. De frente amplia y cara redonda embellecida por un agraciado surcado de arrugas amables. De mirada profunda y ojos pardos y arratonados que aparecían como asombrados detrás de unos gruesos espejuelos circulares confinados en la parquedad de una montura metálica. Con evidencias de una ligera sordera, a pesar de sus descomunales orejas de las que pendían unos empequeñecidos zarcillos de oro. De cabellos canos, delgados y ralos que, cuidadosamente, los apretujaba hacia atrás en un magro moñito coquetón vulnerable, sin piedad, por una peineta, presumida toda ella por sus incrustaciones de nácar. De voz autoritaria y sonora que, socarronamente, sabía modular según se tratara de regañar o de halagar. De manos pequeñas e inquietas cubiertas de pecas avergonzadas y prolongadas en dedos regordetes, uno de los cuales –el anular de su mano izquierda-, portando su anillo nupcial, padecía de un incómodo y marcado acinturamiento.

Vestía con toda sobriedad usando tenidas con faldas alargadas hasta los tobillos y siempre, desde que tuve uso de razón, en colores enteros y tonos oscuros. Permanentemente portaba consigo un rosario de perlas engastadas en oro regalo muypreciado de su primer esposo, don Rafael Muñante.

Todas las tardes, sin excepción alguna, entre las cinco y las seis, rezaba el rosario. Nosotros, o sea la “bisnietería”, sabíamos que era extremadamente peligroso frecuentarla a esa hora pues corríamos el riesgo de tener que compartir la monotonía del rezo y, más aún, de atender la explicación, tantas veces por ella relatada y por nosotros escuchada, de los misterios de la Virgen María.

El segundo hijo de su segundo matrimonio, o sea el tío abuelo Hernán, los llevó a residir a su casa, pues ya no era prudente que ella y su marido, dada la avanzada edad de ambos, siguieran viviendo solos. Fue así como la bisabuela con su segundo esposo, don Demetrio Huamán, se trasladaron al hogar de su hijo localizado en Miraflores, en la intersección de la Avenida Alfonso Ugarte con el Jirón Colina. Hasta ese entonces, la residencia de la bisabuela, durante unos setenta y tantos años, había estado ubicada en la ciudad de Lima, en la calle del Serrano. De tan larga estada, ella se jactaba diciendo que había conocido personalmente al “trasandino”, o sea al serrano quien, al instalar su panadería en ese lugar –que fuera muy frecuentada y afamada en su época- dio origen al nombre de la calle. En realidad, tal denominación, aunque por el mismo motivo, la arrastraba esa calzada desde la época del Virreinato.

En los últimos cinco años de su vida una dolencia a la rodilla izquierda le dificultaba caminar con soltura; por esta razón, trajinaba por todas partes apoyándose en el espaldar de una rústica silleta de paja que había aprendido a maniobrar con gran pericia y aplomo. Le compraron una silla de ruedas para que sus desplazamientos adquirieran más comodidad, fluidez y seguridad, pero ella la rechazaba y, al menor descuido de su enfermera, volvía a valerse de su silleta de paja. Para esto último contaba con la total, aunque interesada, complicidad de sus bisnetos. (Nos poníamos a jugar con su silla de ruedas por toda la casa imprimiéndole cada vez más y más velocidad lo

que siempre acababa en aparatosas caídas y moretones cuya procedencia luego no sabíamos explicar). Sin embargo, parece que nosotros comprendíamos, a diferencia de los adultos, que la bisabuela no quería ser tratada como una inválida. Lo cierto es que diariamente, hasta la fecha de su muerte, ella peinó sus cabellos, lavó su ropa interior y ordenó su habitación con toda prolijidad, eficiencia y esmero. Es que nunca quiso que nadie intentara invadir su intimidad, ni osara tocar sus prendas íntimas y, menos aún, pretendiera alisar sus canas.

Era muy locuaz y tenía sus anécdotas que las repetía en cuanta oportunidad se le presentaba y que, de generación en generación, las iba modificando, estirando y enriqueciendo de acuerdo a las circunstancias y merced a su inquieta e inagotable imaginación. La historia que narraba con mayor énfasis aunada a una indescriptible emoción e indignación era la ocupación de Lima por el ejército chileno que ella padeció en carne propia.

Cuando tuvo lugar ese luctuoso suceso mi bisabuela ya tenía dos hijos vivos, pues había dado a luz al tío abuelo Ezequiel y a mi abuela Ana. Con anterioridad, su primogénito había fallecido, repentinamente, a las tres horas de nacido a pesar de los esfuerzos de la “profesora de partos” que la asistió. (Vulgarmente, también llamada comadrona o matrona).

Nos relataba la bisabuela que por mil ochocientos ochenta, antes de que los “malditos chilenos” llegaran a las puertas de Lima y la invadieran, las señoras de la ciudad crearon una institución llamada “Pan de los Pobres” que tenía por objeto brindar toda clase de ayuda a los familiares de aquellos que estaban en el frente de batalla así como también a los que volvían escapando de los territorios ocupados por el enemigo. Con esta finalidad hacían colectas públicas para reunir fondos, confeccionaban y tejían ropa y proporcionaban asistencia, asilo, alimentación y empleo a los desocupados. Ella, nos confiaba, se había sentido muy orgullosa de brindar su cooperación para tan noble cometido y de haber sido no sólo una de las fundadoras sino también una de sus más jóvenes y activas voluntarias.

Desde días antes de su ingreso se sabía que el enemigo estaba muy cerca de Lima y que nada podría evitar la derrota. Nuestro ejército, diezmado, famélico y desmoralizado, no sólo estaba conformado por reclutas muy jóvenes, y por lo tanto bisoños, sino que, además, su armamento era totalmente insuficiente y deficiente y, para complicar aún más las cosas, la construcción de los siete frentes de defensa de la ciudad, llamados “Los Reductos”, no se había concluido. En este sentido la diferencia con los “malditos chilenos” era abismal, pues ellos contaban con un ejército profesional dotado de un buen equipamiento bélico y con la moral alta por sus continuas victorias.

En la noche del trece de enero de mil ochocientos ochenta y uno, después de la derrota de la Batalla de San Juan, se pudieron divisar las llamaradas de fuego ocasionadas por el incendio de Chorrillos. Allí nada quedó en pie; los que pudieron escapar narraban que la soldadesca enemiga estaba borracha cometiendo toda clase de latrocinios, orgías y abusos; incluso, por el botín, llegaron a pelearse entre ellos produciéndose decenas de muertos. El día catorce de enero fue igual, pero esta vez le tocó el turno a Barranco que, lo mismo que Chorrillos, fue vandalizada, quemada y destruida en su totalidad. También en la misma Lima ocurrieron hechos bochornosos, pues nuestros soldados que retornaban de los campos de batalla, heridos o fugitivos, formando pandillas, se dedicaron al pillaje atacando de preferencia a los locales comerciales de propiedad de los chinos, porque se sospechaba que los muy ladinos habían colaborado con el ejército invasor.

A las dos de la tarde del día quince de enero empezó la Batalla de Miraflores concluyendo a las seis y media, con la derrota de los nuestros. Fue un enfrentamiento encarnizado, del lado del enemigo murieron unos dos mil “malditos” mientras que unos tres mil compatriotas ofrendaron sus vidas. Los “malditos chilenos”, una vez más, eran los triunfadores y una vez más se dedicaron al pillaje y a destruir e incendiar las propiedades y todo lo que encontraban a su paso. Desde Lima, se pudo escuchar las detonaciones de los cañones y en el Callao se divisaba cómo los barcos chilenos hacían fuego en contra de las fortificaciones de tierra. Con la rendición, uno

tras otro, de los Reductos, prácticamente, la resistencia de Lima había concluido. Sólo se podía esperar el asalto final.

Para suerte de la ciudad, se encontraban en Lima algunos personajes extranjeros, entre ellos el Almirante Abel Du Petit Thouars comandando una flotilla de la Armada Francesa, quienes se entrevistaron con el general chileno; fue en esta forma como se negoció un ingreso pacífico del invasor. La bisabuela estaba convencida que de no haber mediado la intervención de esas personas Lima habría sido devastada y destruida por los “malditos chilenos”. Según su opinión, los buenos amigos y protectores llegaron a amenazar a los invasores con tomar drásticas represalias si causaban daños a la propiedad y no respetaban la vida humana.

En la ciudad, ante la inminente llegada del invasor, cundió el pánico. Empezó un éxodo, principalmente, hacia Ancón; la gente pidió asilo a los barcos extranjeros anclados en la bahía hasta colmar su capacidad, también acudieron a las embajadas. Adquirir víveres era un problema generado tanto por la escasez cuanto por la especulación. No había cómo movilizarse por la ciudad, pues los coches no se atrevían a ofrecer el servicio. También los entierros se convirtieron en un menudo problema porque nadie se animaba a transportar al difunto hasta el Cementerio del Presbítero Matías Maestro, por temor a traspasar la Portada de Maravillas y correr el riesgo de ser asaltado en el despoblado del Pepinal de Ancieta. Nos explicó nuestra querida bisabuela que este bellissimo cementerio -que contenía fastuosos mausoleos y bellas estatuas tallados en finos mármoles importados de Carrara, y ubicado a pocas cuerdas de la Portada de Maravillas- fue construido durante la administración del Virrey José Fernando Abascal e inaugurado en el mes de junio de mil ochocientos ocho.

Igualmente, las autoridades decidieron asumir la penosa determinación de ordenar el hundimiento de lo que quedaba de la escuadra nacional a fin de evitar que cayera en manos del enemigo; así fue incendiada la corbeta La Unión, el monitor Atahualpa y unas doce embarcaciones más, ante la mirada de tristeza e impotencia de quienes observaron cómo se consumían nuestras naves bajo el fuego.

A las dos de la tarde del día lunes diecisiete de enero de mil ochocientos ochenta y uno el ejército chileno hizo su ingreso pacífico y ordenado a la ciudad de Lima, la misma que no abandonaría hasta el día martes veintitrés de octubre de mil ochocientos ochenta y tres, es decir dos años, nueve meses y seis días después. La bisabuela recordaba estas fechas con absoluta precisión. Toda su familia permaneció en sus casas durante la ocupación.

La vida en Lima, ante la presencia de los “malditos chilenos”, cambió de manera radical; la actividad social desapareció por completo, las damas, acompañadas de sus esposos e hijos, sólo salían a la calle los días domingos para asistir al oficio religioso cubriéndose la cara con sus mantillas en señal de protesta y para evitar el sufrimiento de tener que ver a los uniformados invasores que evocaban el recuerdo de algún familiar muerto; los restaurantes, teatros y otros lugares públicos eran frecuentados únicamente por los “malditos chilenos”; por un tácito acuerdo, no se festejaban las fiestas familiares. Los diarios desaparecieron y en su lugar empezaron a editarse otros bajo la dirección del ejército de ocupación, entre ellos La Actualidad y el Diario Oficial que la bisabuela, a mucho orgullo, nunca llegó a comprar. El Cuartel General del invasor se instaló en el local de la Biblioteca Nacional, el cual lo dejaron al final de la ocupación desmantelado y en ruinas.

Nada quedó sin sufrir una expoliación total y rufianesca. La Universidad de San Marcos, las Escuelas de Medicina y de Ingeniería, la Biblioteca Nacional, la Municipalidad, el Palacio de la Exposición, el Jardín Botánico, la Escuela de Artes y Oficios, las iglesias, los monumentos erigidos en los paseos y parques públicos, la Sociedad Fundadores de la Independencia (de donde se robaron los cuadros de San Martín, Bolívar y otros próceres). Se lo llevaron todo, todo, para enriquecer colecciones privadas o como botín de guerra. Libros, valiosos incunables, pinturas de gran calidad, estatuas de fino mármol, obras de arte, joyas de incalculable valor, platería artística, muebles, espejos, laboratorios, equipos de precisión. De los cuarteles cargaron con todo el material de guerra, la fábrica de pólvora, armamento, la imprenta del Estado. En suma, un desmantelamiento total. Cuando los “malditos chilenos” se fueron, Lima daba la impresión de ser una casa vacía.

La convivencia con los “malditos chilenos” no era fácil. Muy por el contrario, con frecuencia surgían confrontaciones y enfrentamientos ocasionados, en la gran mayoría de los casos, por soldadotes ebrios. Cuando tal ocurría, las represalias contra la población eran tanto injustas como excesivas: iban desde el azotamiento en público hasta el fusilamiento, a lo largo de toda la ocupación se ordenaron muchas ejecuciones. Para evitar problemas, al atardecer la gente prudentemente se recogía en sus casas, cerraba sus persianas y a través de ellas dirigía furtivas y eventuales miradas hacia el exterior.

Las rentas de la Municipalidad y la creación de cupos fueron destinados al mantenimiento del ejército de ocupación, unos doce mil “malditos chilenos”; dichos cupos fueron creciendo en la medida que las exigencias del invasor aumentaban. El dinero destinado a la educación fue a parar a manos del enemigo; por esta razón, los profesores y catedráticos dictaban clases en sus propias casas y sin cobrar un solo “inca”. Nos aclaró la bisabuela que el inca fue un billete que circuló durante la ocupación y que inicialmente tuvo un valor de ocho soles papel por cada inca. Por decisión de sus miembros, y en señal de protesta, el Poder Judicial no sesionó durante la ocupación. El diario El Comercio y otros tampoco se editaron, debido a que, por una ordenanza, el Director del diario debía ser de nacionalidad chilena.

Hasta que llegó el momento anhelado. El veinte de octubre de mil ochocientos ochenta y tres se firmó el Tratado de Paz de Ancón y tres días después, el martes veintitrés, el General Miguel Iglesias hizo su entrada triunfal al Palacio de Gobierno e izó el pabellón nacional, especialmente bordado para tan magna ocasión. El júbilo fue indescriptible, la población arrodillada en la Plaza de Armas lloraba de emoción; en las parroquias las campanas, con los acordes de sus frenéticos tañidos, expresaban la desbordante alegría de quienes agitaban sus badajos. Era el nuevo despertar de una población que había estado sumida en una opresión injusta y sometida a la voluntad del invasor prepotente y despiadado durante toda una eternidad. Esa noche la gente no durmió, se la pasó cantando, rezando y paseando por las calles: es que el temor había desaparecido. Pero, todos aquellos que sufrimos el

oprobio de esa infame dominación jamás, jamás olvidaríamos ni perdonaríamos a los “malditos chilenos”.

La bisabuela concluía su narración indicándonos que, durante la ocupación, había nacido su cuarto hijo, el tío abuelo Humberto a quien, nos decía, no habíamos conocido porque la muerte le sobrevino, como consecuencia de una pulmonía fulminante, cuando acababa de cumplir cuatro años de edad. La fecha de su muerte, quince de mayo de mil ochocientos ochenta y seis, fue el día que, coincidentemente, se inauguró el alumbrado eléctrico de Lima y que fuera, inicialmente, limitado a la Plaza de Armas y a algunas calles circundantes. Tuvieron que pasar muchos años –hasta mil novecientos dos– para que las residencias particulares fueran incorporándose, paulatinamente, a este sistema, pues hasta esa fecha se habían valido de velas y de lámparas a kerosene para su iluminación.

Esta era, a grandes rasgos, la historia que, en más de una ocasión y con una que otra variante y mayor o menor detalle, le habíamos oído narrar a nuestra querida bisabuela con tanta vehemencia, devoción e indignación que nunca nos atrevimos a interrumpirla ni, mucho menos, a poner en duda la veracidad de su relato.

De los cinco hijos que mi bisabuela concibió en su primer matrimonio, yo solo conocí a dos de ellos: al tío abuelo Ezequiel y a mi abuela Ana que eran de un parecido físico sorprendente. En su segundo compromiso tuvo a los tíos abuelos Elena, Hernán y Marcela.

El tío abuelo Ezequiel merece un párrafo aparte. Fue un renombrado y eficiente orífice. Su taller, ubicado en la calle Plazuela del Teatro y al lado del Teatro Segura, se llamaba Taller de Platería y Joyería Muñante. Vivió toda su vida en un solar ubicado en la calle de Los Caballos, frente a la Iglesia de Las Nazarenas, la que, en algunas ocasiones, visitamos sobre todo cuando la abuela Ana nos llevaba al templo y de allí pasábamos a la casa del tío en busca de un reconfortante y delicioso tentempié que, valgan verdades, era el señuelo para concurrir al oficio religioso.

El tío abuelo nos contaba que donde estaba su taller, la calle Plazuela del Teatro, se llamó, desde el Virreinato y hasta mediados del siglo XIX, de la Comedia; y, que la calle Los Caballos, donde quedaba su casa, se le conocía como la calle de Las Nazarenas, seguramente, por su vecindad con el Monasterio del mismo nombre. Hoy, nos decía, ambas calles vienen a ser las cuerdas dos y seis del Jirón Huancavelica. Igualmente, nos explicó que el Teatro Segura se llamó, originalmente, Municipal; pero, en el año de mil novecientos veintinueve, la Municipalidad de Lima adquirió el Teatro Forero; a este le puso por nombre Municipal y a aquel lo denominó Manuel Ascencio Segura, en honor al renombrado escritor costumbrista del mismo nombre.

Todos los domingos llegaba el tío Ezequiel a la casa de su hermana Ana, con una generosa y provocativa fuente de tallarines, cuya pasta él mismo había elaborado en la víspera, y con una damajuana de vino tinto de chacra, obsequio de su amigo Santiago Queirolo que lo producía en los alambiques de cobre y lo envejecía en las pipas de roble instalados en los viñedos que poseía en la campiña de Surco.

El tío abuelo Ezequiel desde muy joven, e influenciado seguramente por la bisabuela, fue un fervoroso devoto del Señor de los Milagros. Todos los años, en el mes de octubre, se ponía su hábito morado y concurría a la procesión de dos días, en su condición de miembro de la Hermandad del Señor de los Milagros, fundada en el año de mil seiscientos ochenta y siete, con la única y sagrada responsabilidad de cargar las andas del Señor cuyo peso se estimaba, en aquella época, en unos mil quinientos kilos. Nos explicaba el tío abuelo que el monasterio de las Nazarenas fue inaugurado el dieciocho de marzo de mil setecientos treinta y que a raíz del terremoto del veintiocho de octubre de mil setecientos cuarenta y seis -que milagrosamente no dañó el muro donde reposa la imagen del Señor de los Milagros- es que se oficializó la Procesión.

Nos relataba la bisabuela, que en una oportunidad el tío abuelo Ezequiel acertó al premio mayor de la Lotería de Lima y Callao, ascendente a la suma de tres mil libras de oro, una fortuna para ese entonces. Él, aún soltero, embarcó con rumbo

a Buenos Aires y Santiago de Chile en un viaje, mezcla de placer y de negocios.

Seis meses más tarde regresaba con la tía Rosita, una agraciada muchacha chilena que lo flechó fulminantemente. Arduo trabajo y muchos años le tomó a la tía Rosita ganarse las simpatías de su suegra, la bisabuela Carmen Rosa; a las cansadas, parece que lo consiguió, sobre la base de sus buenos modales y de su carácter apacible. No pudieron tener descendencia, razón por la que adoptaron un niño del cual, las malas lenguas, decían que era hijo natural de él. El matrimonio concluyó con el fallecimiento del tío ocurrido en el año de mil novecientos cuarenta y dos. La tía Rosita murió veintidós años más tarde dedicada exclusivamente a convertir al muchacho adoptado en el arquitecto que quería ser y en continuar administrando el Taller de Joyería y Platería.

Mi abuela Ana nació en el año de mil ochocientos ochenta y fue la tercera de los cinco hijos del primer matrimonio de mi bisabuela. También se casó en dos oportunidades; en su primer compromiso tuvo cuatro hijos, tres mujeres y un varón y en el segundo dos hombrecitos. Su primer esposo, mi abuelo, fue un italiano oriundo de La Spezia, especializado en la operación y mantenimiento de centrales hidroeléctricas y muy aficionado a las amistades, a las mulatas y a la buena vida; murió a los cuarenta y cuatro años de edad; nosotros, sus nietos, no llegamos a conocer a don Césare Vacarella. Con el tío Ezequiel compartieron una entrañable amistad matizada con el ruido del golpe de las bochas, con el aroma del vino tinto y con el sabor de los tallarines a lo pomodoro. Césare lo hizo bombero al tío; este a su vez convirtió al “bachiche” en un devoto del Señor de los Milagros.

Con el advenimiento del siglo veinte, año de mil novecientos, ocurrió algo singular. El cuatro de julio, día de la Independencia de los Estados Unidos, mi bisabuela Carmen Rosa daba a luz a la última de su progeñie, bautizada con el nombre de Rosa Marcela. El catorce, día de la Toma de la Bastilla, mi abuela Ana alumbraba a la primera de sus hijos poniéndole por nombre Rosa Carmela. Marcela y Carmela, tía y sobrina se llevaban apenas diez días de diferencia en sus

edades. Tres años más tarde mi abuela daría a luz al tío Césare; luego, en los años de mil novecientos seis y ocho, nacerían mi mamá y la tía Adela, respectivamente.

Mi abuela residió por muchos años en la calle Mono Pinta a espaldas de la casa de la bisabuela Carmen Rosa. Es por esta vecindad y por la escasa diferencia de edades entre los cuatro hijos de aquella y los tres del segundo matrimonio de la bisabuela, que los siete muchachitos cultivaron una estrecha amistad sin respetar la jerarquía familiar que normalmente suele darse entre tíos y sobrinos.

Las tías abuelas Elena y Marcela, las tías Carmela y Adela y mi mamá conformaron un grupo inseparable tanto en la vecindad como en el colegio. Eran temibles en sus bromas colectivas; con frecuencia Hernán, Césare y sus amigos de barrio fueron víctimas de ellas; nada conseguían quejándose ante la bisabuela quien, considerándose una más del grupo de las revoltosas, sólo atinaba a sonreír mostrando una mezcla de aprobación, complacencia y complicidad.

Marcela y Carmela destacaron, desde pequeñas, por su carácter fuerte, ambas tenían una innata vocación de mando, Marcela la exteriorizaba exigiendo que todas la imitaran; de otro lado, Carmela lo hacía fungiendo de maestra y de guía espiritual. Muy pocas veces consiguieron que el grupo las apoyara en sus intenciones de lideresas, pues al poco rato se aburrían de seguirles la corriente y ahí se acababa todo.

Uno de los lugares que más frecuentaban para “mataperrear” era la Estación de San Juan de Dios, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles de Lima que, posteriormente, se convertiría –luego de algunas modificaciones que fueron muy criticadas en su oportunidad- en la Plaza San Martín. Inicialmente, nos narraba la bisabuela, en ese lugar estuvieron ubicados la iglesia y el hospital de dicha congregación y la iglesia y el monasterio de la Encarnación; continuaba con la historia de las cuatro calles que conformaban el perímetro de la Plaza, cuyos nombres eran: Faltriquera del Diablo (J. Chili), Portería de la Encarnación (J. Carabaya), San Cristóbal del Tren (J. Apurímac) y San Juan de Dios (J. De la Unión). Recuerdo la historia de la primera de las mencionadas. Era una

calle oscura, siniestra y poco poblada, en la cual vivía un español, viejo y licencioso, de salud precaria; el cura de la iglesia de San Juan de Dios quiso tomarle la confesión, a lo que este español se resistía; después de mucho tiempo y porfía el religioso logró la confesión del pecador, luego de lo cual, al salir de la casa, ufano y aliviado, exclamó: He recuperado esta alma perdida de la mismísima “faltriquera del diablo”.

La bisabuela concluía diciendo que uno de los juegos predilectos de sus nietos había sido montarse sobre el caballo de San Martín, pues la estatua estuvo desarmada en tierra durante muchos meses, antes de concluir su construcción, realizada con motivo de la conmemoración del Centenario de la Independencia.

En el año de mil novecientos diecisiete, la abuela Ana se casó por segunda vez; su esposo, don Pedro Villalonga, fue un contratista de obras, tuvieron dos hijos: los tíos Alfredo y Orlando. La abuela, muchos años más tarde, también volvería a enviudar.

Con el devenir del tiempo, las circunstancias de la vida fueron separando al compacto grupo de muchachos. Hernán se dedicó a sus estudios de abogacía, Elena y Carmela se matricularon en el internado de San Pedro para ser profesoras, Césare se ocupó en trabajar como mecánico y operador de cinemas, mi mamá y Adela a concluir sus estudios escolares y Marcela permaneció en casa tomando clases de francés y en espera del hombre soñado. Tal parece que el asunto le resultó favorable, pues le surgió un novio con el cual, un par de años más tarde, contrajo nupcias. El tío Santiago, moreno y alto, era tacneño y de una buena posición económica; se fueron a vivir a la amplia casa que construyeron en el Olivar de San isidro, por ese entonces, los extramuros de la ciudad. Doce años después un fulminante ataque cardíaco acabó con la vida de él; la tía Marcela quedó joven, viuda y heredera de algún dinero y de una placentera y cómoda residencia.

Al concluir sus estudios de profesora la tía Elena fue destacada a la ciudad de Cajamarca a donde se embarcó acompañada por la bisabuela que permaneció a su lado hasta el momento en que, tres años más tarde, la tía se desposó con un

conocido y acaudalado ganadero del lugar estableciendo su domicilio en esa localidad.

De los hermanos de mi madre, Césare fue el primero en casarse apenas cumplidos los veintiún años de edad; pocos meses más tarde le tocó el turno a mi progenitora (noviembre de mil novecientos veintitrés); a continuación, un año después la tía Carmela y finalmente, en mil novecientos veintisiete Adela contrajo esponsales con un médico. El esposo de la tía Carmela fue un hombrecillo muy singular, de corta estatura – a pesar de llamarse Máximo-; su familia, de origen ecuatoriano, era la propietaria del solar en donde vivía la abuela Ana que arrendaba los bajos, en tanto que aquella residía en los altos. Fue esta circunstancia la que, sin lugar a dudas, favoreció el noviazgo; para Máximo su matrimonio significó algo tan simple como mudarse a los bajos. Ellos fueron felices a lo largo de los más de sesenta años que perduró su unión, sin embargo la dicha no fue completa porque la tía Carmela, debido a una congénita deficiencia genética, jamás pudo concebir. Por una extraña coincidencia, la tía abuela Marcela, padeciendo de lo mismo, tampoco pudo hacerlo.

El tío Césare se instaló en la calle de Matajudíos (denominada así por el sentimiento antisemita imperante en la época); con su esposa Julia tuvieron cuatro hijos, a la mayor de ellos le correspondió el privilegio de ser la primera bisnieta. Mi madre se fue a vivir a la calle del Sauce –lugar donde yo nací- y posteriormente a Miraflores, lugar donde nacieron mis cuatro hermanos. La tía Adela se mudó a la calle del Huevo, conocida así, desde la época del Virreinato, porque en un corral de gallinas encontraron un cascarón del cual salió un basilisco que la gente curiosa por verlo decía: vamos a la calle Del Huevo. Tres meses después de haber alumbrado a su segundo hijo falleció víctima de una severa infección puerperal. La tía Carmela se hizo cargo de los bebitos de su hermana Adela; los crió y educó como si hubiesen sido sus propios hijos. Ella y su esposo, el bonachón y menudo tío Máximo, dedicaron sus mejores esfuerzos y vertieron sus sentimientos de amor y ternura, en ese par de niños, sin límites y sin reticencias. En realidad, esos sobrinos fueron los hijos que la naturaleza les había negado.

Para ese entonces, la abuela Ana con su segundo esposo y sus dos hijos y la tía Carmela con su marido y sus dos sobrinos se mudaron al Rimac, a la calle de San Lázaro. La bisabuela nos explicó que la calle se llamó así debido a la iglesia –que hasta ahora allí existe- y al hospital de San Lázaro, destinado a la cura de leprosos; en el Virreinato, sin embargo, se llamo calle Montero. La razón de la mudanza fue que la tía, ya egresada de San Pedro, había sido destacada como profesora a la Escuela Fiscal ubicada en la Calle de Los Barraganes, a pocas cuadras de su nuevo domicilio. Esta arteria recibió tal denominación debido al nombre del vecino más notable, una familia muy numerosa de apellido Barragán proveniente del norte, la abuela no estaba muy segura, si de Trujillo o de Chiclayo. La tía trabajó allí, como profesora primero y luego como Directora, durante cuarenta y cinco años; con motivo de su jubilación le otorgaron las Palmas Magisteriales.

Por la necesidad de brindarles una esmerada educación a sus sobrinos, la tía Carmela se mudó, sucesivamente, a la calle Santa Rosa en Surquillo y después a la cuarta cuadra de la calle José Gálvez en Miraflores; ésta es la casa de los tíos que yo más recuerdo y donde más los frecuenté.

El tío Máximo tenía dos grandes aficiones: el fútbol y el teatro burlesco. En el primer caso acudía, acompañado por un par de sobrinos, a la tribuna de segunda del antiguo Estadio Nacional –obsequio de los ingleses con motivo del centenario de la Independencia- y que, en el actual coliseo, equivaldría a la localidad de Oriente. Recuerdo, en especial, una tarde dominguera que nos llevó al fútbol; el estadio estaba con su aforo completo –unas veinticinco mil almas-. Jugaban el Alianza Lima con el Magallanes de Chile un partido de revancha pues los chilenos ya habían ganado el primer juego, faltando diez minutos para concluir la competencia el equipo local se imponía cómodamente por dos a cero; con toda prudencia el tío, para evitar los apretujones de la salida, decidió abandonar el recinto minutos antes de la conclusión del partido. Tomamos el tranvía Lima-Chorrillos, bajamos en el paradero Marsano, empalmamos con el “urbanito número uno” (un ómnibus de unas veinticinco personas de capacidad, pintado del mismo color plata de los tranvías) y llegando a

casa nos enteramos, por la radio, que la visita, dando vuelta al marcador, había ganado por tres a dos. Acusando el golpe, al tío, durante un prolongado lapso, no le quedaron ganas de volver a llevarnos al Estadio. Para completar su afición, todos los días compraba el tabloide La Tercera de la Crónica y se devoraba los artículos redactados por Pocho Rospigliosi.

En el segundo caso, asistía al teatro Monumental de Breña, esta vez no con un par de sobrinos –desgraciadamente-, sino acompañado por unos potentes binoculares y se ubicaba en la primera fila para no perderse un solo detalle de la despampanante e inquieta anatomía de las bailarinas, las famosas Bim Bam Bum, entre ellas Betty di Roma, Anakaona, Mara y otras de similares tentadoras y excitantes curvas. Para estar enterado de la vida de sus bailarinas preferidas adquiría todas las tardes el vespertino Última Hora y se dedicaba a leer y releer “Antipasto Gagá”, una columna de chismes de la farándula cuya autoría pertenecía a Guido Monteverde.

La tía Marcela, después de enviudar, realizó un largo viaje por toda Europa y de regreso recaló en Montevideo, donde residía una prima hermana de la bisabuela, con quien hizo buenas migas y que, posteriormente, visitaría en varias ocasiones. La tía vivía en Miraflores con la bisabuela. Era una mujer alta, blanca con facciones agraciadas, de cuerpo espigado y hermosas piernas. Mientras aprendía a justipreciar el real significado de las formas femeninas, Marcela ocupó un lugar de privilegio en mi placentero ritual de verter las fantasías propias de la adolescencia.

El domingo dieciocho de enero de mil novecientos cuarenta y ocho se inició en Lima el juego de la Polla Hípica, una de las apuestas más apasionantes que se haya conocido. Carmela, en muy corto tiempo, se convirtió en una adicta al juego, llegó a comprar las publicaciones especializadas, supo de los aprontes -a los cuales en más de una ocasión asistió, acompañada por el tío Máximo que no dejaba de exteriorizar su protesta por tener que madrugar-, se enteró de la genealogía de los caballos, comprendió lo del handicap, se familiarizó con el estilo de conducción y nombre de los jinetes y, por supuesto, apostó. Confeccionaba, después de una ardua tarea que le consumía varias tardes, una cartilla múltiple de diez opciones,

que el bueno del tío Máximo debía comprar y cuyo monto prorratabamos entre los familiares y dos maestras de su colegio, las señoritas Justo, hermanas que la tía apreciaba y frecuentaba. Varios años estuvimos entretenidos con las apuestas; en dos oportunidades la tía acertó el tercer lugar que, además del natural regocijo por el premio pecuniario obtenido, festejamos con sendos almuerzos en su casa.

En uno de sus viajes a Montevideo, la tía Marcela conoció a un francés, su menor en varios años, y viudo hacia poco tiempo; se enamoraron y se casaron. Desmond Vassega llevó a la tía a vivir a Bogotá, lugar en donde él administraba su negocio de venta y representación de material quirúrgico y equipamiento de hospitales. Quince años le tomó a la tía convencer a su esposo para que trasladara sus negocios a Lima; durante ese lapso visitó a su madre con frecuencia, hasta que el miércoles dieciocho de junio de mil novecientos cincuenta y ocho falleció Carmen Rosa, nuestra queridísima bisabuela. Cuatro meses más tarde también lo hacía su segundo esposo don Demetrio. Fueron estos tristes sucesos los que urgieron al tío Desmond a tomar la decisión de afincarse en Lima.

Ya jubilada, la tía Carmela se las ingeniaba de mil maneras para agenciarse ingresos extras. Así, le dio por preparar, para su venta, cóctel de algarrobina y mermeladas de frutas de la estación (fresa, piña o naranja). En otra ocasión, se dedicó al tejido de alfombras (para cuyo aprendizaje tomó clases durante algunos meses) que colocaba a cómodos precios entre sus amistades. También adquirió una pareja de perritos pekineses cuyos cachorros comercializaba mediante avisos económicos publicados en el periódico y el concurso de nosotros, sus sobrinos, que debíamos ofrecerlos entre nuestros colegas y amigos. Carmela quería saberlo todo; hasta estuvo aprendiendo francés, pero lo chapurreaba de una manera despiadada; por este motivo, con Marcela, que la corregía sin misericordia, mantuvo acaloradas y permanentes disputas que mi mamá se encargaba de aplacar.

Cuando el diario El Comercio publicó el Geniograma-entretenimiento semanal, que desde el primer momento, acaparó el interés de sus lectores- Carmela no pudo sustraerse

a este fenómeno y muy pronto estuvo resolviéndolo y enviando sus soluciones para tentar el premio. Con este motivo adquirió algunas enciclopedias, diccionarios de sinónimos y antónimos, almanaques (entre estos últimos recuerdo el Almanaque Universal Nakal que renovaba cada dos años), etc. También, en la Imprenta y Librería El Sol –situada en la calle La Esperanza de Miraflores-, compraba unas libretitas de tapa negra en las que anotaba una serie de datos útiles para resolver el juego. Decía la tía que esa información le serviría de base para confeccionar, si Dios le daba suficiente vida, un diccionario para Geniogramistas. Con la tía todas las semanas, los sábados por la noche, intercambiábamos conocimientos a fin de completar el juego. Para mí, compartir su vehemencia, fue una gratísima experiencia y una lección de perseverancia.

A su arribo de Colombia, los tíos Desmond y Marcela se alojaron en el hogar de mis padres mientras construían, en el jardín de su casa del Olivar, un par de viviendas, una de las cuales ocuparon hasta el fin de sus días. Ella siempre destacó por su forma de vestir, sus refinados modales y su afán de inculcarnos hábitos de limpieza y normas de comportamiento. La tía era “buena gente” pero latosa cuando nos decía, por ejemplo, cómo pelar la fruta, cómo coger los cubiertos, asearnos antes de comer, etc. Le pusimos infinidad de apodos, entre ellos, la tía Tempus porque no envejecía, pues al lucir siempre joven jamás se afincaron en ella los signos propios de la vejez. (No se le arrugaba ni la falda). Aún ahora, ya fallecida, seguimos haciéndole bromas: comentamos que, en la primaria, ella fue compañera de carpeta de Juanita, la Dama de Ampato. También adquirió fama por sus obsequios de cumpleaños y de Navidad; los comparábamos para definir a quien le había correspondido el presente más barato e inútil.

El tío Desmond se llevaba bien con toda la familia; era poseedor de un carácter suave y un entretenido y versado conversador; coleccionaba hermosos y artísticos soldaditos de plomo de los ejércitos de Napoleón y vasos de cerámica de afamadas cervecerías europeas, cuyo número enriquecía en los viajes que, anualmente, hacía con la tía a lo largo y ancho de Europa. Se compró un pequeño yate, pero la tía no permitió que nos invitara y le ponía mala cara cuando él se iba a navegar; se deshizo de la embarcación porque la tía Marcela

era enemiga del sol ya que le pronunciaba las pecas de su rostro. Su auto Peugeot –no podía ser de otra marca- lucía impecable. Una orden terminante de la tía: para abordarlo debíamos, previamente, lavarnos las manos y limpiarnos los zapatos.

Fue aciago el año de mil novecientos ochenta y ocho. El lunes ocho de abril falleció la tía Carmela a causa de la hipertensión que padeció en los años postreros de su existencia. El viernes catorce de octubre lo hacía la tía Marcela, cuyos dos últimos años de su vida los pasó recluida en su habitación y angustiada debido a temores imaginarios. El tío Desmond, que pudo regresar a Colombia donde residía su hermana, prefirió quedarse junto a su “reina” (como, por cariño, le decía a Marcela) conviviendo con su recuerdo y ansiando acudir a su encuentro. Víctima de un cáncer a la piel, falleció el domingo veinticinco de marzo de mil novecientos noventa, siendo sepultado al lado de su “reina”. Unos cuatro años más tarde el tío Máximo –a quien la tía Carmela siempre lo llamó por su apellido, Vivar, como si se tratara de un alumno más de los miles que pasaron por las aulas de su colegio- se extinguía serenamente superando con holgura los noventa años de edad.

Marcela, Carmela y mi mamá mantuvieron un vínculo familiar y de amistad realmente admirable cuya vigencia superó los ochenta años. A pesar de que la vida las encasilló en compartimientos diferentes y que sus actividades poco o nada tuvieron en común, allí estuvieron, siempre unidas las tres, ya fuera deleitándose alrededor de una taza de té, solazándose en una cháchara intrascendente o intercambiando sus angustias y ansiedades. ¡Qué ejemplo el de estas tres mujeres! Creo que todos los que, en alguna forma, estuvimos relacionados con ellas y fuimos testigos de la grandeza de sus espíritus y de la magnificencia de sus actos, debemos agradecer habérsenos permitido disfrutar la oportunidad de compartir sus vidas y de haber sido depositarios de la generosidad de sus sentimientos.

De aquel remoto grupo de siete inquietos muchachitos que empezaron a gatear en los albores del presente siglo, que mataperrearon en la Estación de San Juan de Dios y que chivatearon, a lo largo y ancho, por esas calles de antaño,

cuyos nombres pintorescos se diluyen en los antiguos y apolillados planos olvidados de la ciudad; de aquel remoto grupo, decía, sólo mi mamá nos acompaña aún. Será quizás que, ya avanzado el próximo milenio, alguno de sus bisnietos tenga la peregrina idea de escribir empezando su relato, al igual que yo, de la siguiente manera:

“Mi bisabuela nació en la ciudad de Lima, el día lunes cinco de febrero de mil novecientos seis. La bautizaron con el nombre de ...”.

Lima, 02 de octubre de 1,998.

- 000 0 000 -